

LOS PADRES DE LA IGLESIA



San Jerónimo en Penitencia
Autor: Tazio de Varallo, siglo XVII

Fascículo XXVII
San Jerónimo de Estridón
Parroquia Inmaculada Concepción
Monte Grande

www.inmaculadamg.org.ar

Su vida

Jerónimo nació en la ciudad fortificada de Estridón¹ en torno al año 347, en una familia cristiana que le dio una fina formación, teniendo buen cuidado de que se instruyese en todos los aspectos de la religión, en las letras y ciencias. Después de haber aprendido en su ciudad natal a leer, escribir y contar, fue enviado por sus padres a Roma, para proseguir sus estudios en gramática, retórica, filosofía y derecho, a los fines de adquirir una formación superior que le pudiese facilitar el acceso a alguna carrera civil.

En la gran ciudad, Jerónimo tuvo como tutor a Donato, el famoso gramático pagano. En poco tiempo, llegó a dominar perfectamente el latín y el griego (su lengua natal era el ilirio), leyó a los mejores autores paganos en ambos idiomas con gran aplicación (lo cautivó especialmente las obras de Cicerón²) e hizo grandes progresos en la oratoria. Sin embargo, durante su estancia en Roma (entre los años 359 y 367), Jerónimo llevó una vida frívola y disipada que, posteriormente, le produjo turbaciones de conciencia y tentaciones que él combatió con ásperas penitencias y con su entrega al estudio de la Sagrada Escritura, prevaleciendo en él el deseo y el interés por la religión cristiana. En ésta, su primera estancia en Roma, recibió el Sacramento del Bautismo, junto con su compañero de estudios, Bonosa. El mismo san Jerónimo nos comenta algunas de sus actividades: “...*teníamos la costumbre, mis amigos y yo de la misma edad y gustos, de visitar, los domingos, las tumbas de los mártires y de los apóstoles y nos metíamos a las galerías subterráneas, en cuyos muros se conservan las reliquias de los muertos.*”.

Luego marchó a la ciudad Imperial de Tréveris, en la Galia³. Es allí donde renació impetuosamente el espíritu religioso que siempre había estado arraigado en el fondo de su alma y, desde entonces, su corazón se entregó enteramente a Dios. Comenzó a interesarse por los escritos de teología, dedicó sus ratos libres a copiar obras de Hilario de Poitiers († circa 367), e intensificó su vida de piedad.

Posteriormente, hacia el año 370, se estableció temporalmente en Aquilea⁴, integrándose en un grupo de cristianos ascetas fervorosos, definido por él como una especie de “*coro de bienaventurados*” reunido alrededor del obispo Valeriano.

Jerónimo llegó a Antioquía en 374 y ahí permaneció durante cierto tiempo. Sus amigos Inocencio e Hylas contrajeron una grave enfermedad y ambos fallecieron; Jerónimo también enfermó, pero sanó. En una de sus cartas a santa Eustoquio (su hija espiritual) le cuenta que en el delirio de su fiebre tuvo un sueño en el que se vio ante el trono de Jesucristo para ser juzgado. Al preguntársele quién era, repuso que un cristiano. “¡Mientes!”, le replicaron. “Tú eres un ciceroniano⁵, puesto que: donde está tu tesoro, allí está tu corazón”.

A raíz de ese sueño, se marchó a Oriente y vivió como eremita en el desierto de Calcide, en el sur de Alepo⁶ (Cf. Epístolas 14, 10), dedicándose seriamente al estudio. Perfeccionó sus conocimientos del griego y del latín y comenzó a estudiar hebreo con un judío converso (Cf. Epístolas 125, 12), transformándose en el único individuo trilingüe de todo el Imperio. Asimismo, se dedicó a la transcripción de códigos y obras patrísticas (Cf. Epístolas 5, 2). La meditación, la soledad y el contacto con la Palabra de Dios maduraron su sensibilidad cristiana.

Regresa a Antioquía en 377, donde es consagrado presbítero⁷ por el obispo Paulino, seguidor de la ortodoxia nicena. Asiste como observador al segundo Concilio Ecuménico (I Concilio de Constantinopla, año 381), y conoce a Gregorio Nacianceno (a quien llamó su “maestro”, por abrirle la inteligencia a la Sagrada Escritura), a Gregorio de Nisa y a otros Padres conciliares.

En el año 382 retorna a Roma: allí, el Papa Dámaso⁸ (†384), conociendo su fama de asceta y su competencia como estudioso, le tomó como secretario y consejero, alentándolo a emprender una nueva traducción latina de los textos bíblicos por motivos pastorales y culturales. En ese siglo, había ya muchas diferencias entre los distintos códices latinos de los Evangelios, y muchos de ellos, por la tendencia a la

¹ Estridón fue una ciudad pequeña entre las provincias romanas de Dalmacia (perteneciente actualmente a Yugoslavia) y de Panonia (Hungría), y se encontraba cercana a la ciudad de Trieste.

² Marco Tulio Cicerón fue un jurista, político, filósofo, escritor y orador romano. Es considerado uno de los más grandes retóricos y estilistas de la prosa en latín de la República romana.

³ Actualmente perteneciente a la República Federal de Alemania.

⁴ Ciudad ubicada al noreste de Italia. Aquilea fue fundada como una colonia por los romanos en 180-181 a.C. junto al río Natissa, sobre tierra al sur de los Alpes Julianos.

⁵ En referencia a su interés por los escritos de Cicerón.

⁶ Ciudad ubicada al norte de la actual República de Siria. La Ciudad Antigua de Alepo fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1986.

⁷ De los Padres de la Edad de Oro, Jerónimo fue el único en no ser investido con el orden episcopal.

⁸ 37º Papa de la Iglesia Católica, desde el año 366 hasta su muerte, acaecida en 384.

armonización de un Evangelio con otro, habían sido muy alterados en su sentido original.

En esta estancia romana hizo de guía espiritual de un grupo de mujeres piadosas de la aristocracia romana, iniciándolas en el estudio y meditación de la Sagrada Escritura y dirigiéndolas por los caminos de la perfección evangélica, los ayunos, los cánticos de los Salmos, las obras de caridad y el abandono de las vanidades del mundo.



Representación de la tumba de Cristo como un mausoleo romano tradicional. Las tres Marías parecen matronas romanas. Cristo resucitando para tomar la mano del Padre en el cielo es representado como un joven romano heroico. Siglo III d.C.

Después de la muerte del Papa Dámaso, Jerónimo dejó Roma en el año 385 y emprendió una peregrinación a Oriente, ante todo a Tierra Santa, silenciosa testigo de la vida terrena de Cristo, y después a Egipto, tierra elegida por muchos monjes.

En el año 386 se detuvo en Belén, donde gracias a la generosidad de una mujer noble llamada Paula, hizo erigir un monasterio masculino y uno femenino, además de un hospicio para los peregrinos que viajaban a Tierra Santa, *“pensando en que María y José no habían encontrado albergue”* (Epístola 108, 14).

Permaneció en Belén hasta su muerte, continuando una intensa actividad: comentó la Palabra de Dios; defendió la fe, oponiéndose con vigor a las herejías; exhortó a los monjes a la perfección; enseñó

cultura clásica y cristiana a jóvenes; acogió con espíritu pastoral a los peregrinos que visitaban Tierra Santa. Jerónimo falleció en su celda, junto a la gruta de la Natividad, el 30 de septiembre del año 420.

Sus obras y pensamientos

San Jerónimo ha ejercido su influencia mediante su producción literaria, la cual llegó a ser abundante y diversificada. Escribe obras de carácter ascético, histórico, hagiográfico⁹ y doctrinal, además de comentarios bíblicos, homilías, sermones y cartas. Asimismo, se ocupó de la traducción de obras de Orígenes (78 homilías y «De Principiis»), de Eusebio de Cesarea («Crónica»), de Dídimo el Ciego («Sobre el Espíritu Santo»), pero su trabajo fundamental de traducción se centra en la Biblia (ver apartado «Jerónimo y las Sagradas Escrituras»).

En escritos dogmáticos y polémicos aborda temas clásicos como la virginidad, y combate en ellos los errores de Orígenes (†253) y de Pelagio¹⁰. Escribió también una continuación a la «Historia Eclesiástica» de Eusebio de Cesarea (†337).

Sus cartas, de las cuales se conservan unas 120, resultan, como de costumbre, de gran interés para la historia. Fueron escritas con vistas a ser publicadas y, sin que falten las personales y familiares, algunas de ellas son casi verdaderos tratados.



Bautismo de Cristo. Bóveda del Baptisterio de los Arrianos (Rávena, Italia)

Desde el aspecto ético, afirma que la coherencia de la vida con la Palabra es indispensable para todo cristiano y particularmente para el predicador, a fin de que sus acciones no contradigan sus palabras. En una de sus cartas, Jerónimo confirma: *“Aunque tenga una espléndida doctrina, es vergonzosa la persona que se siente condenada por la propia conciencia”* (Epístola 127, 4). Hablando de la coherencia, observa: *“el Evangelio debe traducirse en actitudes de auténtica caridad, pues en todo ser humano está presente la Persona misma de Cristo”*. Dirigiéndose, por ejemplo, al presbítero Paulino, que después llegó a ser obispo de Nola y santo, Jerónimo le da este consejo: *“El verdadero templo de Cristo es el alma del fiel: adorna este santuario, embellecelo, deposita en él tus ofrendas y recibe a Cristo. ¿Qué sentido tiene decorar las paredes con piedras preciosas si Cristo muere de hambre en la persona de un pobre?”* (Epístola 58, 7).

Jerónimo concretiza: es necesario *“vestir a Cristo en los pobres, visitarle en los que sufren, darle*

⁹ Vida de los santos.

¹⁰ Monje britano, ascético y reformista, que negaba el dogma del Pecado Original.

de comer en los hambrientos, cobijarle en los que no tienen un techo” (Epístola 130, 14). El amor por Cristo, alimentado con el estudio y la meditación, nos permite superar toda dificultad: “*Si nosotros amamos a Jesucristo y buscamos siempre la unión con Él, nos parecerá fácil lo que es difícil*” (Epístola 22, 40).

Hizo un gran aporte a la pedagogía cristiana, destacando la vital responsabilidad de los padres como primeros y principales educadores de sus hijos. Para formación de “*un alma que tiene que convertirse en templo del Señor*”, con profunda intuición aconseja preservarla del mal y de las ocasiones de pecado, evitar las amistades equívocas o que disipan. Exhorta, sobre todo a los padres, a crear un ambiente de serenidad y de alegría alrededor de los hijos, para que les estimulen en el estudio y en el trabajo, y les ayuden con la alabanza y la emulación a superar las dificultades, favoreciendo en ellos las buenas costumbres y preservándoles de las malas, porque —dice— “*a duras penas lograrás corregirte de las cosas a las que te vas acostumbrando tranquilamente*” (Epístola 107, 8).

Con mucha claridad Jerónimo, dirigiéndose a la madre de una muchacha y luego al padre, expresa: “*Que ella encuentre en ti a su maestra y que su inexperta adolescencia se oriente hacia ti maravillada. Que nunca vea en ti ni en su padre actitudes que la lleven al pecado. Recordad que podéis educarla más con el ejemplo que con la palabra*” (Epístola 107, 9).

Además, hay un aspecto bastante descuidado en los tiempos antiguos, pero que era considerado vital por nuestro autor: la promoción de la mujer, a quien reconoce el derecho a una formación completa: humana, académica, religiosa y profesional.

Y precisamente hoy vemos cómo la educación de la personalidad en su integridad, la educación en la responsabilidad ante Dios y ante los hombres, es la auténtica condición de todo progreso, de toda paz, de toda reconciliación y de toda exclusión de la violencia. Educación ante Dios y ante el hombre: la Sagrada Escritura nos ofrece la guía de la educación y, por tanto, del auténtico humanismo.

Contribuyó eficazmente a la salvaguardia de los elementos positivos de las culturas judía, griega y romana en la naciente civilización cristiana. Jerónimo reconoció y asimiló los valores artísticos, la riqueza de los sentimientos y la armonía de las imágenes presentes en los clásicos, que educan el corazón y la fantasía en los nobles sentimientos.

Jerónimo y las Sagradas Escrituras

Jerónimo fue el Padre de la Iglesia que más estudió las Sagradas Escrituras, siendo reconocido como el maestro de las ciencias bíblicas; después de Orígenes, es el verdadero fundador al que se remite también san Agustín (†430). Ubicó la Biblia en el centro de su vida y se comprometió a vivirla concretamente en su larga existencia terrena, ello a pesar de su conocido carácter difícil y fogoso que le dio la naturaleza.

A continuación se transcriben algunas citas de san Jerónimo acerca de las Sagradas Escrituras y su importancia para el cristiano:

- ✓ “*Ignorar la Escritura es ignorar a Cristo*”. Esta frase fue citada por el Concilio Vaticano II en la constitución «*Dei Verbum*». Por ello, es importante que todo cristiano viva en contacto y en diálogo personal con la Palabra de Dios, que se nos entrega en la Sagrada Escritura.
- ✓ Leer la Escritura es conversar con Dios: “*Si rezas —escribe a una joven noble de Roma— hablas con el Esposo; si lees, es Él quien te habla*” (Epístola 22, 25).
- ✓ “*Enamorado*” verdaderamente de la Palabra de Dios, se preguntaba: “*¿Cómo es posible vivir sin la ciencia de las Escrituras, a través de las cuales se aprende a conocer al mismo Cristo, que es la vida de los creyentes?*” (Epístola 30, 7).
- ✓ “*Por nosotros mismos nunca podemos leer la Escritura. Encontramos demasiadas puertas cerradas y caemos en errores. La Biblia fue escrita por el Pueblo de Dios y para el Pueblo de Dios, bajo la inspiración del Espíritu Santo*”. Para él una auténtica interpretación de la Biblia tenía que “*estar siempre en armonía con la fe de la Iglesia católica*”.
- ✓ La Palabra de Dios “*indica al hombre las sendas de la vida, y le revela los secretos de la santidad*”.
- ✓ La lectura de la Escritura lleva al santo a entregarse a los demás: es necesario “*vestir a Cristo en los pobres, visitarle en los que sufren, darle de comer en los hambrientos, cobijarle en los que no tienen un techo*”.
- ✓ La Biblia, instrumento “*con el que cada día Dios habla a los fieles, se convierte de este modo en estímulo y manantial de la vida cristiana para todas las situaciones y para toda persona*”.

- ✓ Subrayaba la alegría y la importancia de familiarizarse con los textos bíblicos: “*¿No te parece que estás —ya aquí, en la tierra— en el reino de los cielos, cuando se vive entre estos textos, cuando se medita en ellos, cuando no se busca otra cosa?*” (Epístola 53, 10).

Es durante su segunda estancia en Roma donde Jerónimo inicia, a pedido del Papa Dámaso, la traducción de la Biblia al latín corriente, trabajo que le llevará el resto de sus días, siendo esta obra posteriormente denominada como “**Vulgata**”. La versión toma su nombre de la frase “vulgata editio” (edición para el pueblo), teniendo por objetivo ser más fácil de entender y más exacta que sus predecesoras. Esta traducción de las Sagradas Escrituras fue recomendada como versión oficial durante el Concilio de Trento (1545-1563), y es todavía hoy la edición oficial de la Iglesia latina.

Jerónimo, además, comentó también muchos textos bíblicos. Para él los comentarios tienen que ofrecer opiniones múltiples, “*de manera que el lector prudente, después de haber leído las diferentes explicaciones y de haber conocido múltiples pareceres —que tiene que aceptar o rechazar— juzgue cuál es el más atendible y, como un experto agente de cambio, rechaza la moneda falsa*” («Contra Rufino» 1, 16).